



COMENTARIO ROBERTO MÉNDEZ LIBRO MARIO WAISSBLUTH

Lo primero que transmite el libro es que Mario Waissbluth está preocupado del futuro de Chile. Es lo que se podría deducir del título, de su subtítulo (recuperar la confianza), ¡hasta de la estética de la portada! (no es un techo de vidrio transparente que permite ver el cielo y las estrellas). Pero, al leerlo, es más que eso. No es sólo preocupación lo que transmite el texto: Mario está enojado, cabreado, está realmente indignado (furioso, según un diario digital de la plaza) y el libro expresa ese estado de ánimo en forma notable. No sólo hay crítica, que la hay (¡y mucha!), análisis, que también lo hay (abundantes datos, estadísticas, tendencias) y propuestas muy concretas, que también hay. Pero lo que más llama la atención es esta pasión, el entusiasmo, también el dolor que le produce mucho de lo que nos está sucediendo, el grito casi con que se expresa en algunos momentos. No es un libro escrito con desapasionado academicismo, con esa especie de distancia con que a veces los investigadores se refieren a lo investigado. Aquí no hay nada de eso. Al contrario, hay sentimientos y pasiones, sufrimiento incluso, que no se ocultan.

El lenguaje, al servicio de esta pasión, a veces es... ecléctico. Por ejemplo, al referirse en gran detalle a las deshonestidades o derechamente corrupciones que nos van invadiendo entre políticos, empresarios, funcionarios públicos y aún de los particulares que inventan fichas de protección social, evaden impuestos o simplemente no pagan en la locomoción colectiva, el profesor Waissbluth lo dice en forma académica: "Son todos unos cara de ra.."

En la parte de diagnóstico, que es la primera mitad del libro, a menudo los antecedentes se hacen abrumadores, amenazantes, oscuros como si el futuro fuera una pesadilla o un inminente apocalipsis. La delincuencia es sin

control, obra de niños delincuentes, drogadictos, con enfermedades mentales. Los partidos políticos, antros de corrupción. Cito (pág. 101): “La estructura de los partidos políticos en Chile está hoy mayoritariamente corrupta, plagados de clientelismo, abuso de cargos públicos, tráfico de influencias, un verdadero mercado de favores a cambio de votos legislativos”. De hecho, habla de una “mercantilización del sistema político”; esto es, la política como un mercado de influencias, cuotas, territorios que tienen dueños, todo lo cual, concluye pesimistamente, probablemente detendrá cualquier agenda de transparencia que debilite estos poderes. Los partidos son “instituciones políticas extractivas”, concluye, en la línea de Acemoglu y Robinson (“Por qué fracasan las naciones”).

La corrupción le duele y le irrita. A veces no queda claro si somos un país corrupto, estamos en vías de ser corruptos o siempre lo hemos sido. Las instituciones, todas, están debilitadas por la corrupción. El resultado suena a veces un tanto atemorizante: cualquier crisis financiera, moral o de la naturaleza, dice el mismo texto, podría ser devastadora por no estar nuestras instituciones preparadas para enfrentarla.

El libro, si bien lo reconoce, no es una celebración del crecimiento, de la dramática disminución de la pobreza, del acceso a bienes para los más pobres, de la emergencia de la clase media, de la mejoría en la calidad de vida, incluso de los más necesitados. Más bien, el libro ve este éxito como una anomalía, algo que es necesario explicar. Y lo explica, se hace la pregunta. Cito textual: “¿Cómo un país con todos estos flagelos morales, sin cooperación entre sus ciudadanos, ha logrado despegarse significativamente del resto de América Latina?”. Su respuesta: 1) La fortaleza relativa de nuestras instituciones (algo histórico) y luego dice: “sería mezquindad ideológica no reconocer”. 2) Las reformas económicas implantadas por la dictadura y que la Concertación perfeccionó (se refiere a apertura económica, Banco Central autónomo y estabilidad macroeconómica).

Hay que celebrar, y yo celebro, la independencia y franqueza en el juicio y análisis de Mario Waissbluth. Porque, lo sé, esto no es gratis. Muchos de sus

postulados han de molestar a moros y cristianos (mi predicción es que el número de sus amigos sufrirá una merma después del libro). Por ejemplo, en el segundo capítulo “Crecimiento con desigualdad” se hace la incómoda pregunta: “¿Quién hizo la revolución liberal que nos llevó a ser la 7ª economía más libre del mundo?” (índice de libertad económica del Heritage Foundation). Analizando estas cifras, concluye que la verdadera revolución liberal, el verdadero cambio liberalizador radical se hizo en las dos décadas posteriores a 1990, es decir, durante los gobiernos de la Concertación. ¿Por herencia o enclaves de la dictadura? No, fue por una activa visión en ese período, en democracia, de abrir la economía, bajar aranceles, fomentar tratados de libre comercio y una activa agenda de concesiones. Entonces, concluye, “fue en realidad la Concertación la que desarrolló el caldo de cultivo básico para la explosión de 2006 y las más grande de 2011. Estas no se pueden atribuir a la dictadura o a la derecha” (esto no será del gusto de la Concertación ni de la Derecha).

Respecto al gobierno es especialmente crítico de la desprolijidad en la gestión. De la forma en que se han hecho las reformas (más que del fondo), critica su falta de rigor, **su capacidad técnica a la hora de articular la agenda, de comunicar sus propósitos, incluso de preparar los proyectos de ley.** Esto, especialmente en el área de educación, como sabemos, su gran tema y cruzada personal. Esta visión le ha significado costos. Cito sus propias palabras, de un blog, pero citadas en el mismo libro: “Ahora resulta que exigirle a un gobierno de centro izquierda que haga las cosas bien... es ser un traidor que se derechiza”, se queja. Bueno, después de este libro....prepárense.

Hay una tesis de fondo en el libro bastante original y provocativa: el malestar social (desencanto ciudadano en un gráfico de sistemas) es producto de la pérdida del proyecto país. Mario Waissbluth es profesor de Ingeniería Industrial, teoría de sistemas y muestra un análisis en este lenguaje. En simple: plantea que lo que hizo desaparecer el proyecto original de la Concertación fue justamente el éxito de la transición y el crecimiento económico. Sobre todo, la parte de ese proyecto que se refería a la

desigualdad y justicia. Algo así como que la Concertación fue víctima de su propio éxito y la derecha perdió el suyo, en algún momento. Así devino esta “mercantilización” de unos y otros. Una tesis interesante, provocativa, novedosa y que quizá hubiera sido posible desarrollar más en detalle. Corolario: la crisis actual puede ser una oportunidad para que renazcan proyectos país y, si esto sucede, podría ser el germen de un nuevo ciclo virtuoso para la política y, en definitiva, para el país. O sea, el sistema puede operar ahora en sentido inverso.

Las 10 propuestas de la segunda parte del libro son ambiciosas, multisistémicas y de largo aliento. No menos de una generación, estima él mismo, tomaría llevarlas a cabo. Y el orden de ellas sí altera el resultado final. Su crítica central a la actual reforma educativa es justamente el orden inadecuado en que se ha abordado.

Son 10 propuestas, o macro-propuestas en verdad, pues cada una de ellas es un programa vasto. No entraré en detalles. Hay reformas de partidos, del sistema presidencialista, de la educación, obviamente con propuestas bastante radicales como la integración socio-económica obligatoria de los colegios, y otros. La primera es la necesidad de tener un sueño compartido respecto al futuro. Comparto eso. Mario tiene una visión, un sueño que nos propone: un capitalismo social demócrata al estilo de Noruega. Lo cree el camino deseable y, además, inevitable -plantea- para nuestra realidad actual. Es discutible, pero ahí está. Expresado así, en su estilo, sin disimulos, rodeos ni disfraces.

Termino felicitando y agradeciendo a Mario por este Tejado de Vidrio. Aquí hay trabajo, diagnóstico y propuestas. Pero por sobre todo, mucha pasión. Podremos estar de acuerdo o no con su visión o con sus propuestas, pero nadie que lo lea va a quedar indiferente. Y, al final, lo que nos queda, lo compartido, que exuda por los cuatro costados este Tejado de Vidrio, es su entrañable amor por Chile.

Muchas gracias, Mario